

QUE NOS VAMOS AL CAMPO

Mamá, papá y yo nos vamos al campo. Pero no para un rato.

Me voy a presentar, que es más fácil saber quiénes son las personas cuando se han presentado primero. Me llamo Sito porque a los del cole “Alfonso” les parece nombre de persona mayor. A mí también, así que estoy contento de no usarlo mucho. Alfonso es un nombre que guardo en el carné para cuando sea grande y las cosas de la vida sean más formales, porque suena persona importante y con barba. Yo no tengo barba aún porque tengo once años. Cuando sea mayor, me

llamaré Alfonso y me dejaré crecer una buena perilla y un mostacho grandote. Mi papá tampoco lleva barba, pero porque se la afeita. Cuando no se la quita, mamá le dice que pincha y entonces él se va corriendo al cuarto de baño y sale todo bien afeitado y ella se pone la mar de contenta y se dan un beso. Mamá y papá se ríen mucho juntos. Bueno, al menos antes. Hace un tiempo que no hacen tantas bromas.

Ahora mismo, por ejemplo, están muy callados porque, aunque es viernes, como os he dicho, no nos vamos al campo sólo fin de semana. Nos vamos al campo del todo. Están muy quietos y muy serios, aunque siempre se han llamado Raúl y Ana, que son nombres de gente divertida. Yo creo que no son nombres adecuados para unos padres: los padres se tienen llamar Carmen o Juan,

como los abuelos se tienen que llamar Modesta o Genaro, o cosas raras que no hayamos oído nunca y que huelen a aldea de las de foto en blanco y negro. Raúl y Ana son nombres de compañeros de clase o de amigos de la piscina. A mí me pusieron Alfonso porque nació un uno de agosto, que es San Alfonso, que es más nombre de papá que de niño de once años. Es un día de cumpleaños que te deja con un nombre de mayor en el carné y una fiesta en la que nunca están los compis de clase porque todo el mundo está de vacaciones.

Por eso me llaman Sito, cuando tengo suerte y alguien me llama. En el cole no me llaman mucho y mamá dice que es porque saco buenas notas. Dice que sacar buenas notas no vende, como llamarse Alfonso o cumplir años en vacaciones, pero yo quiero ser ingeniero de naves

espaciales y no vendedor de lo que sea. Yo no me quiero poner corbata y los vendedores tienen que dar buena imagen, llevar corbata e ir siempre afeitados como le gusta a mamá. Los ingenieros se visten un poco como quieren, que lo he visto yo en las películas de la NASA, que es donde se hacen las naves espaciales. Además, los ingenieros se pueden dejar barba porque están siempre delante del ordenador y no se les ve. También pueden llevar camisetas en las que están escritas frases científicas que no entiende nadie con dibujos de gatos dentro de cajas que quizás están... bueno, no lo cuento, que es un poco macabro y siempre me ha dado algo de miedo.

Los de clase son más simpáticos conmigo en las fechas de exámenes y las entregas de trabajos, porque les dejo los apuntes y no tapo

las hojas cuando me copian. A veces me ponía un poco triste que después ya no me hicieran caso, pero ahora ya me da igual, porque voy a ir a un cole nuevo con compañeros nuevos de los que tienen buen corazón porque comen productos del campo, que son más sanos y mejores, y de lo que se come se cría.

Vuelvo a nuestra historia, que me he ido por las ramas. Papá y mamá, como he dicho, están muy serios, como si se llamaran Carmen o Juan. Desde que salimos del piso sólo se oye el mismo disco una y otra vez y yo me aburro un poco, porque el camino es largo. Hoy no tiene pinta de que vayamos a cantar mucho, como hacemos normalmente. Por eso escribo, aunque en el coche me salgo de las rayas y, a veces, hasta de la libreta y me mareo un poco con las curvas. Como estoy

algo triste y como estar triste tampoco vende, me apetece marearme, sólo un poco, y así pienso en otra cosa, y escondo la cabeza en la tapicería del tanque, que es como llamo al todoterreno de segunda mano que nos ha conseguido el señor del taller a buen precio, también para ir al campo. Huele un poco raro y la tela del asiento rasca en las mejillas.

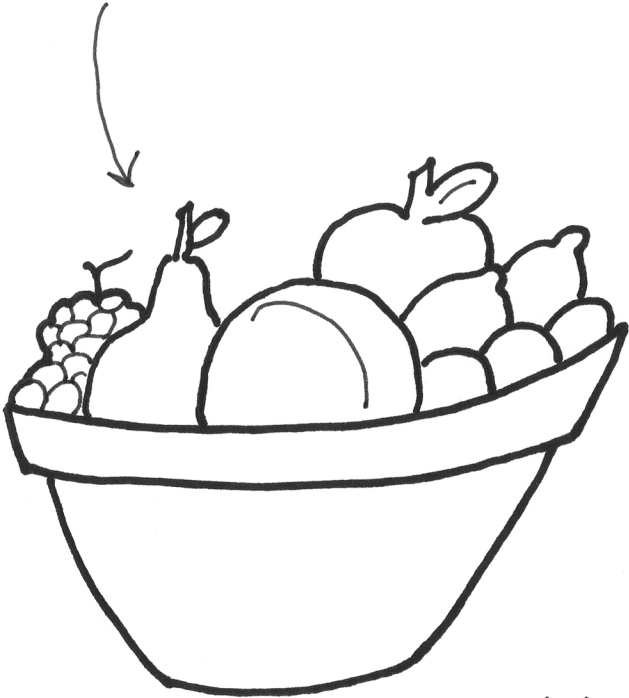
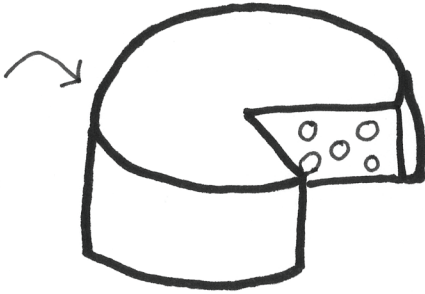
Como ya sabéis, me llamo, o me llaman, Sito, y mis papás, Raúl y Ana, y yo, nos vamos de la ciudad a vivir al campo porque van a montar una casa rural en el monte. Bueno, la casa ya está montada, con las piedras una encima de la otra, y el techo y todo, pero hay que cambiarla por dentro porque es un poco vieja. Vamos a tener perros y gatos y más animales, en plan granja, como gallinas de las que ponen huevos o cabras de las

que se pueden ordeñar, para beber leche fresca por la mañana, que tiene más vitaminas y sabe a nata. Ahora sé mucho de estas cosas porque no se ha hablado de otro tema en la mesa desde hace un montón. Además va a venir gente a vivir en nuestra casa cuando estén de vacaciones, porque vamos a vivir en una casa de piedra que es muy grande y que tiene muchas habitaciones y muchos lavabos y que es muy bonita. Pero no es como un hotel, que vivirán en nuestra casa y beberán leche de las cabras por la mañana en la misma mesa que nosotros. Yo la casa no la he visto todavía, así que cómo es realmente lo explicaré más tarde, pero papá y mamá están mucho más contentos desde que empezaron a hacer los planes de la casa del monte. Antes de esos planes se habían puesto la mar de mustios.

Digo yo que te preguntas por qué Ana y Raúl están tan callados, si estaban tan motivados con todo el rollo de irse al campo hasta hace un momento. Yo te lo cuento, porque aunque ellos dicen que en la ciudad no se puede vivir por la polución y la inseguridad, yo sé que no es verdad. Lo que les pasa es que tienen una “crisis existencial”, como casi todos los mayores de ciudad. Lo he oído en la radio y hablaban unos científicos también muy serios, tan serios que no tienen ni nombre, sino sólo apellidos, y que contaban cosas muy interesantes.

Yo estaba preocupado por mis padres, ya lo ves. Como soy muy observador, me doy cuenta de que a los padres a veces también les pasan cosas, aunque no lo parezca. Antes pensaba que los padres estaban siempre bien, que eran gente

productos
del
campo



Gitar

como los superhéroes de los cómics, que sabían siempre qué hacer, dónde ir y cuándo usar sus superpoderes para salvar el mundo, en este caso el mi mundo, porque como son mis padres, es su supertarea. Pero como te he dicho, desde hace un tiempo estaban más mustios que los árboles de mi calle, que son árboles de ciudad, no comen productos del campo y por eso están marchitos, remarchitos. Yo escuché todo eso de las “crisis existenciales” en la radio y sé que las crisis esas dan unos síntomas así de ponerse apagado y que tienen algo que ver con cosas que quieres de la vida que no son como pensabas y un montón de cosas muy serias, y que hay una que pasa a los cuarenta más o menos, que es la edad que tienen mis papás. Y es muy grave, muy grave. Yo te digo de verdad que todo coincide. Y decían en la radio que los hay que se compran ropa nueva y otros

que se divorcian, o las dos cosas a la vez, como los papás de la Julia, que ahora tienen cada uno otros novios y se visten como si fueran a mi clase. Mamá también se empezó a comprar ropa nueva y a mí me dio un susto tremendo, pero mis papás se quieren mucho y no ganan mucho dinero, así que mucha ropa tampoco se pudo comprar, que mi madre sólo puede ir a la pelu dos veces al año y el resto del tiempo se tiñe las canas en el lavabo y deja el tinte en el bidé, que no funciona desde hace años, pero que no arreglamos porque no hace falta tener bidé en casa. Cuando era más pequeño yo jugaba a los barcos en el bidé y una vez, de la emoción de la tormenta, tiré demasiado fuerte y rompí el grifo. Y eso que yo soy un niño prudente. Lo sé porque me lo dijo el profe Roberto un día, que es el profe de mates, que son siempre más listos que los demás profes.

En el campo las cosas son más baratas, la comida y el aire son más buenos y no hay pelus. Y según mis papás, la gente tiene mejor corazón. Yo imagino que es porque están mejor alimentados y de lo que se come se cría, como decía la yaya Juana mil veces al día. Y que yo ya he dicho antes, es verdad. Es que tengo los genes de la yaya Juana.

Pero a pesar de todo hay algo que va a ser muy difícil y que me pone triste. Por un lado me hace ilusión ir al campo: tendré una habitación más grande y mucho más sitio para jugar. No creo que eche mucho de menos la ciudad, el asfalto, los árboles mustios y esas cosas. Además, dicen que en el campo están los orígenes, no tengo muy claro de qué, pero imagino que los de todos. Así que es como volver a casa, aunque en realidad nos estemos yendo.

Lo que no sé es cómo me las voy a apañar sin Darío.

Darío es mi mejor amigo. Vive en el bloque de la acera de enfrente, con sus tíos. Llegó hace cuatro años a la ciudad. Sus papás no podían seguir ocupándose de él porque son espías ultrasecretos y los había apresado el servicio de inteligencia de un país asiático en el que estaban en una misión. Desde entonces están en la cárcel y no hay manera de traerlos de vuelta al país. Todo un drama, pero Darío es muy listo y lo lleva bastante bien. No va a mi cole, va a una escuela privada muy bonita que hay en la zona alta de la ciudad, donde tienen piscina y pista de tenis e ir al cole es casi mejor que estar de vacaciones. Lo paga el gobierno, en compensación porque no consiguen traer a sus padres de vuelta. Pero el cole ese está un poco lejos

y lo malo es que se tiene que levantar siempre muy temprano para coger el autobús solo, porque sus tíos no se ocupan demasiado de él. Lo bueno es que siempre regresa cuando yo ya he terminado los deberes y puedo salir a jugar.

Me gusta estar con Darío. Yo le hago compañía porque se siente bastante solo con todo eso de tener a sus padres tan lejos. Aunque yo no tengo amigos del cole que vengan a mi casa, tengo a papá y mamá, que no sólo tienen nombre de compañeros de juego sino que, a veces, se comportan como tales. Siempre están dispuestos a echar unas risas conmigo cuando vuelven del trabajo y no tienen tareas que hacer en casa. Mis padres son los mejores, aún con la crisis.

El tío de Darío sólo lee el periódico y su tía sólo hace jerséis de lana. Ella teje que te teje con agujas bien largas y gordotas, sea invierno o sea verano. Así que Darío no tiene otra compañera en su casa que la tele cuando acaba los deberes, pero, como es muy listo, no le gusta mucho la tele. Nadie le para cuando se escabulle para venir cruzando la acera hasta mi casa. Yo creo que sus tíos ni se dan cuenta, o igual se han olvidado de que vive con ellos.

Vale, tenéis razón: ya sé que Darío existe sólo en mi imaginación, pero son muchos años teniéndole de compañero. Ahora somos muy amigos y le tengo mucho cariño de verdad. Es como cuando te enganchas con un personaje de tus dibujos animados favoritos, de un cómic o de una peli. Cosas más raras se han visto: una

vez papá me dijo que no tiraba una camisa rota porque le había cogido cariño y eso sí que no lo pude entender. Cogerle cariño a algo como una camisa suena muy, muy raro. Cogerle cariño a un amigo invisible es la mar de normal. Y Darío es el mejor amigo invisible del mundo, que tiene padres que son espías ultrasecretos.

Hace un tiempo, un día que charlaba con Darío en mi habitación, mamá me preguntó con quién hablaba y yo le expliqué por encima quién era y, ya de paso, le expliqué qué es un amigo invisible y los pasos básicos para que ella pudiera tener uno si quería, que yo después de tantos años lo tengo la mar de dominado. Al principio me miró como me mira cuando piensa que estoy enfermo, y me preguntó por qué me había inventado un amigo para jugar en lugar de buscar a uno de

verdad. Yo le dije que no es que necesitara tener un amigo sino que alguien me tuviera como amigo, preocuparme por él y echarle un cable. No tener amigos no me preocupa mucho: lo que me sabe mal es no ser el amigo de alguien. En el cole todos tienen un mejor amigo ya, así que cuando me apunto a un grupo, siempre me siento un poco apartado. O sea, que se trataba justo de lo contrario, de ser importante para alguien. Me sonrió y después oí que le decía a mi papá que yo era casi un filósofo, pero cuando lo busqué en el diccionario me pareció que “filósofo” era una palabra muy seria para lo que yo soy. Seguro que hay muchos filósofos que se llaman Alfonso. Pero yo quiero ser ingeniero.

El caso es que ahora no tengo a quién echarle una mano ni nadie a quien hacer compañía. Papá

y mamá se tienen el uno al otro. Yo quería traerme a Darío al campo, pero no puedo. Es hacer trampa eso cambiar toda la historia porque me venga bien a mí. Se supone que Darío se tiene que quedar con sus tíos en la ciudad hasta que liberen a sus padres. Tampoco se me ocurría una manera lógica de que viniera conmigo porque, aunque sus padres fueran rescatados, no me imaginaba que se quisieran venir a las montañas con nosotros. Por descabellado que pueda parecer tener un amigo invisible, la historia tiene que guardar cierta lógica y no se pueden cambiar las cosas así como así, como con las personas de verdad, que hay que aceptarlas y quererlas tal cual son.

Pero como no quise dejar a Darío en una situación tan terrible, los servicios secretos finalmente liberaron a sus padres, que están muy

flacos, pero que no han sido torturados ni nada. Lo vinieron a buscar ayer, y por eso Darío y yo nos tuvimos que despedir antes de la cena. Lloramos mucho y nos abrazamos un montón entre promesas de no olvidarnos y de escribirnos por Navidad a nuestras nuevas direcciones, y también para nuestros cumpleaños. Se marchó con sus padres y en la casa de enfrente queda su tía teje que te teje y su tío con la nariz en el periódico y no prepararon ni café ni nada para celebrar el rescate de los espías ultrasecretos. Darío se montó en un coche superchulo con sus padres y se fue mientras yo miraba por la ventana. Sus tíos ni salieron a despedirles con la mano ni nada.

Yo casi no cené, y por una vez, mamá no intentó convencerme. El comedor estaba vacío porque ya habíamos retirado todos los muebles

y la mayoría de nuestras cosas, todas metidas en cajas de cartón bien grandotas, habían salido en camiones de mudanzas hacia la nueva casa. La cena estaba servida en platos de plástico y estábamos sentados en unos cojines sobre la alfombra que al final dejamos en el piso porque no pegan con la casa de campo. Durante muchos meses habíamos hecho planes entre risas, empaquetado miles de cosas, regalado las otras tantas que no íbamos a llevarnos, perdido unas pocas menos y comprado las justas para marcharnos a nuestra aventura de vuelta a los orígenes. Pero durante la cena, nada, todos callados y los tenedores de plástico rascando en los platos, que hacen un ruido que no da nada de ganas ni de comer ni de hablar.

Esta mañana, sí que hemos hablado un poco, para organizar la mudanza. Pero cuando

nos hemos ido, hemos cerrando la puerta de golpe, sin las dos vueltas que solemos dar a la llave cuando nos marchamos. Ha sido como los golpes que pega papá en la mesa cuando se pone serio, que suenan muy secos, muy secos, y después no se puede decir ni mu. Ahí ha sido cuando se ha hecho el silencio que dura hasta este momento.

Acabo de levantar la cabeza del asiento. Se me está empezando a pasar el mareo ahora que la carretera se abre paso entre las montañas. Hay nieve en las cimas y las praderas son verdes. Los árboles y los ríos nos dan la bienvenida. Hay un pueblo allí, en el valle. Qué bonito es todo.